

**Mujeres mexicanas trabajan doble y cuidan solas: el papel de las guarderías  
en los procesos de defamiliarización en México**

**PARTE 1**

Liliana Lanz Vallejo

## **Resumen**

Estadísticas recientes sobre el uso del tiempo en México (INEGI-Inmujeres, 2019) evidencian que las mujeres absorben la mayor carga del trabajo doméstico y de cuidados en sus hogares. Esta tendencia vulnera a las mujeres en tanto que las posiciona en condiciones de desigualdad y limita sus oportunidades de desarrollo. Ante ello, las guarderías y las estancias infantiles son un mecanismo social muy importante que contribuye a la defamiliarización del bienestar, en otras palabras, permite que los hogares no dependan de la disponibilidad de trabajo no remunerado femenino para su desarrollo profesional y laboral. En este texto se analizan los factores económicos, sociales e ideológicos que han frenado los procesos de defamiliarización del bienestar en México y se explora el papel que las guarderías y estancias infantiles públicas de México han tenido en el apoyo a las madres trabajadoras.

**Palabras clave:** doble jornada, trabajo no remunerado, trabajo remunerado, defamiliarización, guarderías

## ***Abstract***

*Recent statistics about the use of time in Mexico (INEGI-Inmujeres, 2019) show that women absorb the greatest burden of domestic and care work in their homes. This trend makes women vulnerable because it hinders their opportunities for development. Nurseries and child care centers are a very important social mechanism that contribute to the defamiliarization of childcare; in other words, it allows households not to depend on the availability of unpaid female work for their professional and work development. This text analyzes the economic, social and ideological factors that have slowed down the processes of defamiliarization of well-*

*being in Mexico, and it explores the role that public nurseries and daycare centers in Mexico have had in supporting working mothers.*

**Keywords:** *double shift, unpaid work, paid work, defamiliarization, child care*

## **Introducción**

En México, las mujeres trabajan mucho más que los hombres. Esto no lo digo a la ligera: es algo que ha sido corroborado. De acuerdo a la Encuesta Nacional del Uso del Tiempo (ENUT) 2019, las mujeres dedicaron 59.5 horas de su semana, y los hombres 53.3, a trabajar. Sin embargo, solo el 48% de las mujeres invirtieron, en promedio, 37.9 horas semanales al trabajo laboral remunerado en el mercado. En cambio, un 98.8% de las mujeres gastó en promedio 39.7 horas semanales al trabajo no remunerado de sus hogares. Esto contrasta con el 76.1% de hombres que dedicó 47.7 horas semanales al trabajo laboral remunerado en el mercado y 96.6% que destinó, en promedio, 15.2 horas semanales al trabajo doméstico. Es por lo anterior que se conoce como la “doble jornada” a la situación que viven la mayoría de las mujeres trabajadoras: ellas invierten su jornada laboral en sus empleos y luego regresan a sus hogares para gastar casi la misma (o mayor) cantidad de horas en hacer labores domésticas y de cuidado para sus familias, casi siempre sin ayuda. Para el caso, un 35.4% de las mujeres en México perciben que es difícil o imposible contar con apoyo de redes familiares y sociales<sup>1</sup> en el cuidado de sus hijos; esta cifra se recrudece si consideramos a mujeres en situación de pobreza (40.4%) (Inmujeres, s.f.: 11). Otro dato de peso es que en 2012 el CONEVAL reportó que un 87.2% de la población “vivía en entidades con percepción de grado de apoyo medio en redes sociales y el restante 12.8%, en entidades con percepción de grado de

---

<sup>1</sup> En este texto me estaré refiriendo a las “redes sociales” como redes de apoyo que provee la sociedad, tales como guarderías, escuelas y otros servicios de atención y cuidado.

apoyo bajo de dichas redes” (Inmujeres, s.f.: 2). Según esta base de datos, el porcentaje de mexicanos que perciben un alto grado de apoyo en redes sociales es cero.

En resumen, **en México una gran cantidad de mujeres cuenta con una carga excesiva de trabajo doméstico y de cuidado no remunerado, además de su carga de trabajo remunerado. Lo que es más, todo parece indicar que muchas de estas mujeres asumen de manera individualizada y solitaria sus labores, contando con poco apoyo de redes familiares y sociales, y con menos apoyo por parte de hombres.** Ante este escenario, en este ensayo pretendo desarrollar una discusión en torno a los factores económicos, sociales e ideológicos que han frenado los procesos de desfamiliarización del bienestar en México. Exploraré el papel de las guarderías y estancias infantiles públicas de México en el apoyo a las madres trabajadoras y concluiré con algunas propuestas que podrían contribuir a que estos servicios aligeren la carga del trabajo no remunerado de las mujeres mexicanas y otras que podrían contribuir a la creación de centros de cuidados asistidos y compartidos, todavía inexistentes en el país.

### **La división sexual del trabajo: antes y ahora**

Hace cuatro décadas aproximadamente, el rol de las mujeres en el hogar y la crianza de niños estaba firmemente establecido cultural y económicamente. Por ejemplo, en los Estados Unidos, para “1900, solo el 20% de las mujeres trabajaban. Entre el periodo de 1970 y 1985, el porcentaje de mujeres de 16 años de edad en adelante en la fuerza laboral incrementó a más de 40%, y del año 1997 al 2008, incrementó a 60%” (Erickson, 2015: 170). En México, las cifras resultan menos alentadoras. Según la Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo (INEGI-Inmujeres, 2019), la tasa de participación de las mujeres en el trabajo para el mercado es de un 48%.

Antes de 1970, cuando el rol de las mujeres era prácticamente en el hogar, ellas contaban con estrategias **solidarias** para sobrevivir la maternidad. Pondré un ejemplo personal. Mi abuela paterna tuvo 9 hijos, el primero en 1951 y la última en 1964; mi abuela materna tuvo 5 hijas, la primera en 1959 y la última en 1968. De ambas yo sabía que mis abuelos nunca las ayudaron con la crianza. Ni siquiera habían cambiado un pañal. ¿Cómo le habían hecho? Cuando yo tuve a mi primera hija, lo encontraba todo muy difícil y solo tenía una. Ahora tengo dos y no es como que se ha hecho más fácil. Un día en que estábamos de visita en casa de mi abuela paterna, mi esposo, con el afán de enseñarme una lección de vida porque yo me había estado quejando de lo sola que me sentía cuidando a mi hija, le preguntó a mi abuela que cómo le había hecho para encargarse de 9 hijos ella sola. El que aprendió una lección fue mi marido. Mi abuela nos contestó que ella nunca había estado sola, que había contado con la ayuda de tres muchachas: una cocinera, una recamarera y una niñera. Cuando luego le pregunté a mi abuela materna, me dijo que cuando nació mi mamá ella tenía a una muchacha que le ayudaba diario, pero que a partir del nacimiento de su segunda hija, siempre tuvo la ayuda diaria de dos muchachas. Mis dos abuelas eran de clase media y ninguna se integró al mercado laboral. En la actualidad, costear ayuda doméstica es muy caro, incluso para familias de clase media donde dos o más personas cuentan con trabajo remunerado. Por otro lado, las mujeres que trabajan remuneradamente en el cuidado de hogares batallan infinitamente más para procurar el cuidado a sus propios hijos... y el ciclo se perpetúa.

Las mujeres contaban con estrategias solidarias para la crianza de sus hijos desde muchos siglos antes. Registros de 1560 constan que en el siglo XVI, en Francia e Inglaterra se acostumbraba hacer un ritual femenino colectivo cada vez que una mujer iba a dar a luz. Antes del nacimiento del bebé, entre seis y doce mujeres eran invitadas a la casa de la futura madre para ayudar con las labores del hogar y con el trabajo de parto. Ser invitada a este evento era un

verdadero honor, y no ser invitada podía representar una seria ofensa. Estas mujeres se recluían en una habitación. Las invitadas y las parteras eran testigos del nacimiento y bautizo del bebé, y se quedaban en la casa de la mamá inclusive después de nacido el bebé y le ayudaban con sus cuidados. (Locke, 2011: 103-104). Este ritual, que representa el antecedente de lo que hoy se conoce como el chisme, fue un valioso apoyo psicológico entre mujeres y constituía un gran recurso biológico: facilitaba la sobrevivencia de madres e hijos en una época en la que no había atención hospitalaria para mujeres parturientas.

En la actualidad, cada vez es más raro que las madres tengan ayuda para sobrellevar los primeros meses con bebé en casa. La ayuda se recibe solo si la madre entra a trabajar, con alguien que cuida al bebé en casa o con servicios de guarderías. Ya no contamos con “equipos para la administración del hogar”. La ayuda en la crianza no es por la crianza misma y el bienestar de la madre, sino por las necesidades laborales y la ausencia de la madre en casa. Así, las estrategias de crianza de las mujeres modernas son predominantemente **solitarias**.

### **La productividad de las mujeres fuera del mercado laboral**

No podemos olvidar que “quienes tienen plena independencia económica requieren de cuidado y dependen de otras prácticas de asignación de recursos para obtenerlo (la familia, la comunidad, el Estado)” (Martínez Franzoni, 2005: 51). La familia es la unidad social donde se suelen asignar las actividades que proveerán sustento a sus miembros: “La articulación del bienestar se produce en el marco de la familia, en cuyo marco se toman decisiones que combinan la producción del bienestar a través de las distintas esferas, incluyendo su propio trabajo no remunerado” (Martínez Franzoni, 2005: 58). Ahí donde un integrante de la familia deja su hogar para trabajar, otras personas se quedan a procurar que el alimento, la limpieza, los cuidados y los servicios del hogar

no falten. Cuando en la familia no hay personas que se puedan encargar de esto último, muy comúnmente es la mujer quien hace la doble labor. En América Latina, “Las encuestas de uso del tiempo disponibles muestran que el aumento de la inserción laboral de las mujeres no ha estado acompañado por modificaciones sustantivas en el reparto de las tareas domésticas” (CEPAL, 2004 citado en Martínez Franzoni, 2005: 62).

Damián denomina como “Trabajo Socialmente Necesario” a aquel indispensable para “la producción social y material, así como la reproducción de la fuerza de trabajo” (Damián, 2015: cap. I, subtítulo 5, párr. 13). Este incluye el trabajo remunerado, el no remunerado y los tiempos de traslado hacia y desde el trabajo. Así, Damián fija una norma para el Exceso del Tiempo de Trabajo (ETT) como aquella que supera las 48 horas a la semana en trabajo remunerado y/o no remunerado, considerando además que se deberán dedicar 10 horas diarias a dormir, comer, asearse y arreglarse. De esta forma, el tiempo de trabajo obligado a la semana resultaría de 118 horas. En caso de estudios, se deberá considerar 28 horas de estudio más 20 de TNS a la semana para sumar las 48 horas límite. Considerando que una semana tiene 168 horas, una persona debería tener 50 horas libres a la semana para procurar su “floreamiento humano” o autorrealización.

Según la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo del segundo trimestre del 2015 (INEGI, 2015), en México las mujeres desde 15 años que son económicamente activas dedican 63.99 horas en promedio a la semana a realizar actividades económicas y no económicas, de las cuales 28.19 horas son de actividades no económicas. Los hombres económicamente activos dedican, según esta misma fuente, 51.95 horas a la semana en promedio a ambas actividades en conjunto, pero solo 8.21 horas a las actividades no económicas. Por otra parte, las mujeres desde 15 años económicamente inactivas dedican 41.2 horas en promedio a la semana a actividades no

económicas, mientras los hombres económicamente inactivos dedican solamente 27.4 horas semanales en promedio.

Según la Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo (INEGI-Inmujeres 2019), las mujeres que contribuyen al trabajo de mercado (con una tasa de participación de 48%) dedican en promedio 37.9 horas semanales a esta actividad. Los hombres (con una tasa de participación de 76.1%) dedican 47.7 horas semanales en promedio al trabajo de mercado. Al estimar el trabajo no remunerado, el ENUT considera preparación de alimentos, limpieza de la vivienda y ropa, mantenimiento de la vivienda, compras, pagos, trámites, gestión y administración del hogar, cuidados a integrantes del propio hogar, apoyo gratuito a otros hogares, a la comunidad, y trabajo voluntario. Según ENUT (INEGI-Inmujeres, 2019), un 98.8% de las mujeres participa en la realización de trabajo no remunerado, y lo hace por un promedio de 39.7 horas a la semana. Un 96.6% de los hombres hacen trabajo no remunerado, pero lo hacen por 15.2 horas en promedio a la semana, 2.6 veces menos que las mujeres.

Aunque debemos tomar estas cifras con reservas, pues, advierte Damián (2015: cap. V, subtítulo 9), las cifras no consideran las actividades que se suelen hacer de forma simultánea y algunas de ellas presentan sobrerregistro (esto es, que suman más de 168 horas a la semana), varios sujetos no sabían cuántas horas precisas suelen dedicar a cada actividad y, además, se tiene la experiencia con la ENUT 1998 de que las mujeres suelen exagerar los tiempos que dedican al trabajo. Independientemente de ello, las tendencias señalan que las mujeres están absorbiendo la mayor carga en el trabajo no remunerado y que, además, están desempeñando cargas casi completas en sus trabajos remunerados.

El trabajo no remunerado tiene su valor al posibilitar el desarrollo de las actividades remuneradas dentro de las familias. El Gobierno de México ha calculado que el valor económico



agregado del trabajo doméstico y de cuidado a otros miembros del hogar representa el 23.5% del Producto Interno Bruto de México en el 2018. Las mujeres por sí solas aportan el 17.7%, lo que equivale a 4.1 mil millones de pesos.

A pesar de toda esta evidencia, “el análisis de los regímenes de bienestar ha considerado la familia como categoría residual” (Martínez Franzoni, 2005: 57). Añade la autora:

No es de extrañar que el análisis de la expansión de la ciudadanía aludiera a un mundo público compuesto por individuos económicamente independientes, y omitiera que la independencia económica depende del cuidado producido por relaciones pre-mercantilizadas. Al quedar recluido a la esfera de lo privado, el cuidado se volvió invisible telón pre-ciudadano (Martínez Franzoni, 2005: 51).

La familia absorbe tanto las carencias en la ciudadanía como los procesos de precarización del trabajo, negociando las relaciones de poder en su interior y asignando tareas que en conjunto lleven a un grado deseable de bienestar, aunque ello conlleve a posiciones de desigualdad dentro de la misma unidad familiar.

Así, la familia endogeniza las “fallas” del mercado y la presencia o ausencia de apoyo estatal a través de una expansión o reducción de su papel en la producción del bienestar a través de trabajo no remunerado . . . y desde las relaciones de poder que la estructuran en general, y en particular, de la división sexual del trabajo. Por ello la familia constituye el *locus* del régimen de bienestar: el espacio a partir del cual es posible reconstruir integralmente los regímenes de bienestar en operación (Martínez Franzoni, 2005: 58).